

Por fin había logrado conquistar el mundo.

Tardó tiempo pero su plan fue un éxito, todas las naciones del mundo se unificaron bajo una sola que estaba a su cargo. No le bastaba, los primeros años de su régimen estuvo bien, le gustaba ser el líder supremo y tener el control sobre la perfección, y, sin embargo, sentía un hambre, quería llenar algo que le pedía más y más.

Lo hizo, lo siguiente fue la luna, con base en el apuro tecnológico que él mismo impulsó, ahora los alunizajes eran comunes, pero no solo como un formalismo, literalmente era de su propiedad pues lo primero que hizo fue crear cúpulas, o alguna que otra para quiénes tuvieran el dinero.

A pesar de ser el primer hombre en la historia que consiguió dicha hazaña, no estaba conforme, quería más, su fuerza era suficiente para conquistar los demás planetas.

Mercurio y Venus estaban fuera de toda idea, a lo más mandar algunos androides para que le dieran a los humanos un ejemplo. Lo único que hizo fue enviar sondas (unas bastante más rápidas que cualquierva que hubieran enviado antes) para explorarlos. Lo hizo.

Otro sistema solar, otra galaxia, más, más, quería más sin importar nada, él estaba seguro de si y podía ser el dueño de todo.

El resto de la humanidad iba muy por delante, ya no tenían las preocupaciones mundanas del hambre y el frío, todo era bienestar y amonestación, de ahí el resto tenía que preocuparse por su trabajo, todos estaban expectantes de ver que todo saliera bien.

Cierto día, el líder, luego de conquistar la galaxia, se miró un rato en el espejo y notó los surcos que moldeaban la vejez en su rostro. Fue un viaje interdimensional, y miró a su gente, familias, personas jugando, gente que solo disfrutaba de su rato de ocio.

Tras un rato de reflexión, miró nuevamente al espacio.

—¿Y ahora que sigue por conquistar?—